

BREVES
VIDA CRISTIANA



¿Qué leer?

**Nuestro mapa del mundo
Quedarse con lo mejor**



Luis Ramoneda - Carlos Ayxelà

¿QUÉ LEER?

www.opusdei.org

Contenidos

- Capítulo I. Nuestro mapa del mundo
- Capítulo II. Quedarse con lo mejor

Capítulo I. Nuestro mapa del mundo

Cuando la humanidad comenzó a poner por escrito las máximas de sus sabios, los códigos que recogían las costumbres y las leyes, los relatos de los acontecimientos en los que se había forjado cada pueblo... nació la lectura. Hasta entonces la cultura –cultivo del alma– solo se escuchaba: únicamente lo que los hombres y las mujeres retenían en la memoria se transmitía a las siguientes generaciones, como un valioso mapa del mundo, como una antorcha en medio de la oscuridad.

Escuchar sigue siendo hoy fundamental en nuestra vida: encauza nuestro primer acceso al lenguaje, le da forma mientras vivimos, y, sobre todo, hace posible el diálogo, que es una de las fibras del tejido mismo de la vida. A la vez, para escuchar y dialogar de verdad, se hace necesario leer. La lectura ocupa por eso un lugar irremplazable en la cultura: la memoria de la humanidad es hoy también, en una medida importante, palabra escrita, letra que espera el diálogo con un lector.

Prestar atención

Escuchar y leer son hábitos esenciales para ensanchar nuestro horizonte, de por sí limitado; para madurar nuestras perspectivas; para comprender la complejidad y, a la vez, la simplicidad de lo real... Suponen, uno y otro, capacidad de *prestar atención*. Los medios de comunicación, las redes sociales, los operadores telefónicos, se disputan precisamente nuestra atención, como su capital más preciado. Es fácil que la abundancia de reclamos la fragmenten, como sucede a alguien que está siendo constantemente interrumpido. Esa atención fragmentada no deja de ser útil para los beneficios del *Big Data*, para los gigantes de la comunicación; pero a nosotros nos empobrece quizá, porque tiende a volcarnos hacia afuera: nos puede dejar sin *dentro*. Frente a esa dinámica de dispersión, la

capacidad de prestar atención a *una* cosa, a un libro, a una conversación, encierra un gran potencial.

La atención genuina es mucho más que un esfuerzo puntual para retener datos: permite que la realidad, las personas, los acontecimientos... nos golpeen, nos sorprendan, y que las relaciones que nacen con esos encuentros se mantengan vivas dentro de nosotros. La escucha y la lectura, como formas de atención, hacen posible la vida espiritual. Y, por eso, humanizan el mundo, y contribuyen a reconciliarlo con Dios. Quien lee y escucha profundiza en la experiencia de lo que vive, gracias a un proceso de interiorización, análogo al que se dio cuando Natán, a través de una parábola, llevó al rey David a hacer penitencia^[1].

Legere significa, originariamente, recoger, reunir. Ser verdaderamente capaz de leer es más que saber poner voz a las letras: es ser capaz de recogerse, de habitar dentro de sí mismo, de *leer* en las situaciones y las personas. El gran diálogo que es la cultura humana se nutre de estas aptitudes. Y sin embargo, incluso para una persona con una mediana cultura, la aceleración de la vida entraña el riesgo de no leer; de que, arrastrados por la multiplicación contemporánea de los frentes de atención, se nos pasaran las semanas y los meses sin que encontráramos tiempo para sentarnos con un libro entre las manos. Nuestro mapa del mundo, entonces, pudiendo tener tres dimensiones, se limitaría a unas precarias curvas de nivel. Y nuestro diálogo con los demás, pudiendo percibir la gran escala de matices de la realidad personal y social, se quedaría en cuatro colores elementales, con los que sería difícil aportar, ayudar a mejorar el mundo.

San Josemaría siempre animó, a quienes se acercaron a su vera, a tener una mirada amplia, y a cultivarla; porque un cristiano es alguien capaz de asombrarse, dispuesto a pensar, a revisar las propias opiniones, para llevar el Evangelio a todas partes. La lectura bien elegida –*non legere, sed eligere*, dice un adagio clásico– es una de las llaves maestras de esta actitud apostólica. «Para ti, que desees formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características: –amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica; –afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de

la historia...; –una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos; –y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida»^[2].

El hábito de leer

Pedagogos y especialistas en educación de la gente joven señalan que es difícil alcanzar hábitos de lectura si no se han adquirido desde la infancia. También se constatan con frecuencia diferencias significativas entre los chicos que leen y los que no lo hacen casi nunca: quienes leen suelen tener mayor facilidad para expresarse, mayor capacidad comprensiva, un mejor conocimiento propio; quienes, en cambio, se focalizan en otras formas de entretenimiento, suelen tener más dificultades para madurar. Quizá no el uso, pero sí el abuso de los videojuegos, por ejemplo, hace que la gente joven sea a veces menos imaginativa: su mundo interior se desertifica, y se vuelve dependiente de los estímulos, excesivamente básicos, de esas formas de diversión. Con todo, es obvio que no se logra fomentar la lectura a base de demonizar la televisión o los videojuegos, o presentándola como un deber moral; más bien es necesario remover el fondo del alma, despertar la fascinación por las historias, la belleza, la chispa de la inteligencia y de la sensibilidad.

Es bueno descubrir en cada familia quien puede ejercer ese papel: el padre, la madre, un hermano mayor, un abuelo... y apoyarse también en la labor de profesores, monitores del club juvenil, etc. Al atender a la sensibilidad del joven lector, él mismo descubre su itinerario, que incluye grandes hitos de la literatura universal –cada uno a su tiempo–, y otros títulos que corresponderán a su peculiar personalidad. Esta tarea, que no requiere mucho tiempo, pero sí un poco de cabeza y constancia, es decisiva. A veces, habrá que ayudarles –también con el ejemplo– a encontrar momentos para leer, de modo que experimenten el placer de la lectura, sin caer en el egoísmo de preferirla siempre a la conversación y la convivencia. Probablemente muchos recordamos los primeros libros que nos regalaron o que leímos, las historias que nos contaban en la infancia, las ediciones de obras clásicas o de textos de historia sagrada adaptados para los niños; quizá nos quedó grabada la personalidad de aquel profesor que nos descubrió la poesía, o nos contagió el entusiasmo por un determinado autor.

Cuando empieza la labor profesional y la vida se acelera, aun quien percibe los beneficios de la lectura se encuentra quizá con que el tiempo que puede dedicarle es demasiado breve. De ahí la importancia de saber defender un rato para leer: quizá no sea mucho lo que se consiga cada día, pero es cuestión de prioridades, de orden, de quitar minutos a actividades menos importantes. En parte «no es tiempo lo que nos falta, sino concentración»^[3]. A la vez, uno disfruta cuando sabe aprovechar situaciones recurrentes: viajes en tren, en avión, en medios públicos; esperas, y, por supuesto, momentos de descanso. Quien tiene siempre consigo un libro –cosa que ahora resulta más fácil de lograr con los lectores digitales, *tablets*, etc.– puede aprovechar minutos preciosos, a veces imprevistos. Aunque la suma de pocos ratos a veces parecerá un riego gota a gota, pasan los días y los meses, y crece la vegetación.

Las tecnologías digitales también han facilitado la proliferación de *audiolibros* y *audios* de artículos de revistas, e incluso la lectura automática de casi cualquier texto: recursos muy útiles para quien tiene que pasar, por ejemplo, muchas horas al volante, o caminando, o realizando trabajos domésticos. Los *audiolibros*, sobre todo cuando se trata de buenas grabaciones, muestran que leer es otra forma de escuchar, y nos devuelven en cierto modo a aquella época en la que en torno a un lector se reunía un grupo de oyentes que gozaban de un don del que carecían: ¡poder leer!

Ante la marea de libros

Cada año se editan en el mundo miles de libros, sin contar la ingente literatura científica, cada vez más especializada. Además, internet da acceso, muchas veces gratuitamente, a infinidad de medios de comunicación y servicios de información y de opinión. Ante tantas posibilidades, y con la evidente limitación de tiempo de cada uno, resulta más actual que nunca esa consideración que hacía, retrospectivamente, san Juan Pablo II. «Siempre he tenido un dilema: ¿Qué leo? Intentaba escoger lo más esencial. ¡La producción editorial es tan amplia! No todo es valioso y útil. Hay que saber elegir y pedir consejo sobre lo que se ha de leer»^[4].

La lectura puede ser un buen entretenimiento para momentos de descanso: hay abundancia de libros en ese sentido. Ciertamente, otra cosa es la lectura –quizá más serena y espaciada– de obras que ensanchan el espíritu. Existe

una larga tradición de libros que educan y a la vez deleitan, pero aun así puede suceder que una persona dedique casi exclusivamente su tiempo de lectura a los libros de evasión. No se trata, por tanto, de la materialidad de «leer mucho», sino de leer –en consonancia con la capacidad y las circunstancias de cada uno– también obras de calidad filosófica, teológica, literaria, histórica, científica, artística, etc., para que se enriquezca nuestra visión del mundo. Son tantas las historias, los enfoques, los campos del saber que pueden hacernos crecer por dentro que, con un poco de paciencia, siempre se puede dar con libros de altura que vayan con uno.

A la hora de elegir, es importante tener en cuenta que no pocas empresas de comunicación controlan negocios editoriales y, lógicamente, al informar, dan prioridad a las publicaciones de su grupo, en detrimento de otros libros quizá más valiosos, pero editados por empresas quizá más pequeñas o con menos presencia en la prensa, la radio, la televisión. Por eso conviene evitar la valoración exagerada de lo último publicado, o de lo más vendido, como si eso fuera garantía de calidad. «Hay libros de los cuales los lomos y la cubierta son, con diferencia, lo mejor»^[5], escribía, irónicamente, Charles Dickens. Querer estar siempre a la última podría hacer que se nos escaparan otros títulos más divertidos, inteligentes o creativos, olvidados en las estanterías de las bibliotecas o de nuestra casa. Si no se dispone de mucho tiempo y existen tantos buenos libros, vale la pena elegir cuidadosamente lo que se lee y no dejarse llevar por simples reclamos publicitarios.

Cuando uno ha visto una película mediocre puede lamentarse por haber perdido dos horas de su vida. Sin embargo, cuando llegamos al final de un libro quizá bueno, pero que nunca llegó a interesarnos realmente, podemos haber perdido mucho más tiempo. Si un libro no logra ganársenos, y no hay especiales motivos para leerlo, quizá no vale la pena proseguir con la lectura: nos esperan muchos otros libros que quizá aportarán más. El *zapping* con los libros puede encubrir impaciencia o falta de fijeza, pero no pocas veces permite dar con los títulos que hacen disfrutar y crecer a cada uno.

El lector que se asoma a un libro no cierra ningún contrato con el autor, por el que se le impida leer en diagonal, o adquiera el compromiso de llegar hasta el final. Hay quien tiene la costumbre de abrir los libros por una

página determinada: si esa página se los gana, leen el libro; si no, lo dejan. Es bueno, sin duda, dar al autor la oportunidad de ganarse nuestra atención; pero a la vez ¿para qué dedicar tiempo a uno con el que no nos entendemos? Por supuesto, como puede suceder con los grandes clásicos, la falta de sintonía a veces se debe a una carencia en la formación literaria. Quizá una obra deberá descansar un tiempo en la estantería; se la podrá retomar a la vuelta de los meses o de los años, o daremos por el camino con otro buen libro. Toda una vida no bastaría, en cualquier caso, para leer los libros que hoy se consideran como clásicos. También entre ellos, de Aristóteles a Shakespeare, de Cicerón a Molière, Dostoievski o Chesterton, se aprende a elegir, como entre las amistades: «Es cualquier libro discreto / que si cansa, de hablar deja / un amigo que aconseja / y reprehende en secreto»^[6].

[1] Cfr. 2 *Sam* 12, 1-19.

[2] San Josemaría, *Surco*, 428.

[3] A. Zagajewski, *En la belleza ajena*, Valencia, Pre-textos 2003, 165.

[4] San Juan Pablo II, *¡Levantaos! ¡Vamos!* Plaza & Janés, Barcelona 2004, 89.

[5] C. Dickens, *Oliver Twist*, Alba, Barcelona 2004, 130.

[6] Lope de Vega, *La viuda valenciana*, Castalia, Barcelona 2001, 104.

[Volver al contenido](#)

Capítulo II. Quedarse con lo mejor

Hay libros que le cambian a uno la vida. Así le sucedió a san Agustín cuando leyó el *Hortensius* de Cicerón: el libro, escribiría años más tarde en las Confesiones, «cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros (...) y comencé a levantarme para volver a ti»^[1]. Su camino hacia Dios, después de muchos vaivenes, cobró una dirección más decidida hacia la conversión, que se selló también con un libro entre las manos: un pasaje de la epístola a los Romanos derrumbó el último muro que lo retenía^[2].

Compartir los buenos descubrimientos

Aunque no todos los libros van a marcar un antes y un después tan neto en nuestra vida, lo que leemos nos cambia: nos afina el alma, o nos la embota; nos abre horizontes, o nos los estrecha. Nuestra personalidad refleja –más a medida que pasa el tiempo– tanto los libros que hemos leído como los que no hemos leído. Quien, a lo largo de los años, se nutre de lecturas seleccionadas con buen criterio, adquiere una mirada abierta sobre el mundo y las personas, sabe medirse con la complejidad de las cosas, y desarrolla la sensibilidad necesaria para dejar de lado la banalidad y no pasar de largo ante la grandeza.

No siempre es fácil dar con libros que nos ayuden a crecer, incluso cuando se trata simplemente de entretenerse; por eso es muy útil acudir al consejo de los demás. Al intentar situarse en una población, si uno pregunta a la gente del lugar, constata con frecuencia cómo las personas aportan datos valiosos que con el GPS quizá se le escaparían. Y, del mismo modo que nos orientamos con personas expertas, podemos recomendar a otros los buenos libros que vamos leyendo. Hablar de lo que se lee enriquece la vida familiar y las conversaciones con amigos, que a veces acabarán por tomar la forma

de tertulias literarias u otras actividades culturales, como las que tienden puentes entre literatura y cine. Y si las buenas lecturas se transmiten muy eficazmente de boca en boca, también es útil organizar clubes de lectura, frecuentar buenas librerías, mantener el contacto con libreros y establecer con ellos un diálogo frecuente, que suele enriquecer a ambas partes.

Existen muchas selecciones de libros de calidad, clasificadas por edades, temáticas, gustos. Con todo, la mejor selección es la que cada uno va haciéndose por su cuenta, a partir de los consejos de amigos con gustos afines, de referencias aisladas en una clase, una charla, una conversación... Como no podemos leer inmediatamente todo lo que suscita nuestro interés, es bueno hacerse un plan de lecturas, recogiendo las referencias para más adelante; eso nos da la serenidad de saber que, en cierto modo, un título no se nos escapa; y permite que, cuando queramos leer algo más, no vayamos necesariamente a buscar lo primero que nos caiga entre las manos.

Se ha dicho que internet es, en cierto sentido, una inmensa máquina de repetición. Con la invención de la imprenta ya se constató que cuanto más fácil es la publicación de textos, más proliferan los libros mediocres o banales. Sin embargo, junto a una gran cantidad de material de escasa calidad -a veces realizado con la mejor de las intenciones-, internet esconde en sus pliegos textos que permiten dar con muchas claves de la actualidad, apuntando también a las ideas de fondo, por las que apenas se preguntan muchos de los medios de comunicación. También aquí es bueno acotar, con ayuda de buenos consejos, y con la propia experiencia, los sitios o autores a los que queremos seguir. Las aplicaciones para suscribirse a determinados contenidos, o para la lectura *offline* de textos puntuales que nos interesen, son una buena ayuda en este sentido. La red aumenta además las posibilidades de acceso a algunas obras clásicas, o a otras antiguas, agotadas o difíciles de encontrar en librerías o en bibliotecas.

Dialogar con los libros

Crítica, del griego *krinein*, significa originariamente discernir, escoger. Leer con capacidad crítica supone tomar lo mejor de cada libro. Los autores, igual que nosotros, están condicionados por su contexto y cultura; por eso cuando leemos es bueno preguntarse, por ejemplo: ¿por qué se expresa de este modo el autor? ¿Cuáles son los ideales de su época que proyecta en sus

personajes? ¿Cuál es su percepción de los valores perennes, como la amistad, el perdón, la lealtad, etc.? No se trata, obviamente, de adoptar una actitud reactiva, que escondería quizá cierto pesimismo o inseguridad. Interesa más bien descubrir las luces y sombras de cada obra y, si es el caso, purificar algunas ideas o propuestas. Se entra así en un diálogo interior con el libro, que incluso puede desembocar en diálogos reales con los autores (de hecho suelen agradecer la correspondencia y sugerencias de sus lectores), en el que saldrán a flote las propias convicciones: algunas se corregirán quizá con el intercambio, y otras al menos adquirirán nuevos matices. Para un cristiano, probablemente el mejor modo de fomentar un equilibrado sentido crítico es leer con sentido apostólico: no solo con ganas de pasar un rato agradable, sino también con ánimo de comprender las categorías intelectuales de nuestros contemporáneos, para purificarlas y reconciliarlas con los valores del Evangelio.

Con estas coordenadas, la lectura nos ayuda a formar convicciones profundas y sólidas, bien razonadas, de manera que cada uno adquiera sus criterios de juicio y desarrolle su propia personalidad y estilo. Algo similar ocurre con las películas que vemos: cuando una nos sorprende, por los valores que descubrimos en ella, o por su estética, se nos muestran con mayor plasticidad aspectos de nuestra vida, de nuestra visión del mundo, de las personas. Así cada uno forma su propio discernimiento, y sabe que toma las decisiones rectas sobre la base de criterios que entiende y que él mismo es capaz de explicarse. Se logra, de este modo, una visión personal, enraizada a la vez en la fe cristiana, que robustece la unidad de vida.

Algo se mueve en el alma

Un buen lector suele ser también un *relector*: alguien que vuelve sobre obras que en su día le marcaron. Un modo eficaz de ser *relector* es tomar a veces algunas notas, que nos permitan volver más adelante sobre el rincón de nuestro interior que se iluminó con una determinada lectura. Esta costumbre nos ayuda a conocernos y a adquirir una mirada más penetrante sobre la realidad y sobre los demás. Hay veces en que nos gustaría evocar una historia o un pasaje que en su día nos llamaron la atención, y no somos capaces de dar con él; haberlo anotado será entonces una gran cosa.

Como con todo, también en esto hay que dar con un equilibrio: es bueno dejarse sorprender por nuestra memoria, que retiene más de lo que nos parece. A la vez, la lectura deja un rastro mucho más profundo en quien, con la escritura, alimenta el diálogo interior del alma: muchas veces no se tratará tanto de copiar pasajes enteros como de anotar nuestras impresiones; intentar dar forma, quizá balbuceando, a las intuiciones que se quieren abrir paso dentro de uno. Con esa labor paciente se enriquece nuestro viaje a través de geografías, culturas y sensibilidades: los paisajes no pasan simplemente ante nosotros, sino que nos dan forma por dentro, y nos permiten *hacernos cargo* de los problemas, los anhelos, el talento de las personas. Mejora así nuestra comprensión del mundo, y nos mantenemos a la altura del reto constante de la *nueva evangelización* a la que nos urge el Santo Padre, que pasa por una *nueva inculturación*.

Responsabilidad personal

Al recordar sus visitas con gente joven a los hospitales en Madrid, San Josemaría contaba en una ocasión cómo procuraban hacerles «un rato de compañía y algún servicio material: lavarles las manos, los pies o la cara; cortarles las uñas; peinarles... No podíamos llevarles comida, porque estaba prohibido, pero siempre les dejábamos alguna buena lectura»^[3]. Su solicitud de pastor de almas le llevaba a recordar a todos la importancia de elegir las lecturas con sentido de responsabilidad, por el profundo impacto que tienen en la formación intelectual y espiritual de cada uno. El Catecismo nos recuerda, en este sentido, cómo «el primer mandamiento nos pide que alimentemos y guardemos con prudencia y vigilancia nuestra fe y que rechazemos todo lo que se opone a ella»^[4]. Así lo aconseja también el Papa: «Si veo que un programa no es bueno para mí, me echa por tierra los valores, me hace ser vulgar, incluso con cosas sucias, tengo que cambiar de canal. Como se hacía en mi “época de la piedra”: cuando un libro era bueno, lo leías; cuando un libro te hacía daño, lo tirabas»^[5]. Elegir un libro, como elegir a los amigos, ir al cine o a ver una obra de teatro, es un acto responsable y libre para cada cristiano, y tiene también sus connotaciones morales^[6].

Ante el riesgo de la ignorancia o la superficialidad, un consejo que se podría dar es que conviene leer en abundancia: a distintos autores y de

contextos variados. Se forma así una mentalidad abierta, que supera los prejuicios infundados y los lugares comunes, y que está preparada para vivir y comunicar la fe de una manera atractiva. Al mismo tiempo, la responsabilidad en la propia formación lleva a tratar de leer libros de calidad: elegir aquello que ayuda realmente a crecer, humana y sobrenaturalmente. Un sabio consejo para este discernimiento: «Los grandes libros tienen cortesía de reyes magnánimos: acogen al lector como si fuese su igual. El escritor mediocre trata de humillarnos para ocultar su baja posición»^[Z].

El consejo de personas más leídas puede resultar una herramienta muy valiosa para formar nuestro plan de lecturas, para comprender bien a los distintos autores y para saber en qué puntos pueden tener una visión algo parcial o incompleta. En muchas ocasiones, un comentario amigo puede descubrirnos una obra hasta entonces desconocida, y abrirnos un amplio horizonte cultural, intelectual o espiritual. En otras, nos evitará perder el tiempo con lecturas banales, que promueven conductas en contra de la convivencia pacífica, que atacan la religión, etc. También sabemos que ciertos libros podrían hacernos daño, porque en ese momento nos falta la formación para digerirlos: hay panes que podrían ser demasiado duros para nuestros dientes. Es bueno tener la humildad intelectual de reconocer nuestros límites: no es mojigatería; es prudencia. Con la ayuda de otros, se encuentran alternativas para canalizar nuestras inquietudes: lecturas más ponderadas, que con el tiempo quizá nos permitirán, si fuera necesario, enfrentarnos a esos otros panes que en su día nos habrían hecho daño. En definitiva, se trata de que la cultura que cada uno va construyendo con la lectura encarne las enseñanzas de Jesucristo y se engarce con nuestra experiencia vital. Tanto quien lee libros desaconsejables como quien lee poco son especialmente vulnerables ante el error, aunque sea por caminos distintos.

Aconsejar y aconsejarse

Una consecuencia del valor del consejo ajeno es inmediata: la necesidad de que cada uno colabore también con los demás en este ámbito. El consejo personal ayudará siempre a nuestros familiares y amigos a escoger obras de calidad que puedan enriquecerle. También es útil participar en las

iniciativas que ofrecen valoraciones literarias, cinematográficas, culturales, etc. El esfuerzo de dedicar unos minutos a compartir las propias impresiones puede ayudar a muchas personas; también aquí rige el principio de que lo mejor puede ser a veces enemigo de lo bueno: es preferible una breve reseña, escrita cuando tenemos fresca la lectura, a un proyecto de recensión pormenorizada que acaba por no concretarse. Cuántos más colaboradores participen en estas iniciativas, más objetivo y atinado resultará el consejo.

La información que ofrecen las revistas, los suplementos culturales, etc. puede ser también valiosa. No es difícil descubrir a los críticos certeros, por su buen hacer, por la buena preparación cultural y doctrinal, por el tono ponderado de sus opiniones. Son indicadores diversos que nos ayudan antes de tomar la decisión de leer o de adquirir un determinado libro.

En todo caso, es bueno evitar visiones reduccionistas o superficiales sobre la necesidad de pedir consejo o de tener en cuenta las orientaciones que nos puedan facilitar. El hecho de que un libro se valore de un modo concreto es siempre orientativo y prudencial, y no debe extrañar que algunas de esas valoraciones cambien con el tiempo; o que lo que para una determinada persona no tenga inconvenientes los ofrezca para otra. La valoración es una guía para ayudarnos a elegir con responsabilidad; a la vez, no excluye que pidamos consejo en la dirección espiritual, cuando lo veamos oportuno para nuestra alma. Por otro lado, el hecho de estar atentos a la valoración moral de un producto cultural no debe desenfocarnos de lo esencial: la importancia de leer y, en la medida de nuestras posibilidades, de leer mucho.

No extingáis el Espíritu, ni despreciéis las profecías; sino examinad todas las cosas, retened lo bueno y apartaos de toda clase de mal^[8]. La apertura del alma, la amplitud de horizontes, son auténticos cuando vibran con la búsqueda y el encuentro, cada vez más apasionados y a la vez más serenos, de la Verdad y de la Belleza.

[1] San Agustín, *Confesiones* III.4.7.

[2] San Agustín, *Confesiones* VIII.12.29.

[3] San Josemaría, notas de una reunión familiar, 20-XII-1970.

[4] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2088.

[5] Francisco, *Discurso*, 6-VI-2015.

[6] Sobre este aspecto, cfr. Ángel Rodríguez Luño, *Factores culturales de especial incidencia en la formación espiritual*, apartado 2 (“La lectura”), disponible en *collationes.org*.

[7] N. Gómez Dávila, *Escolios a un texto implícito* (vol. 1), Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 325.

[8] 1 *Te* 5, 19-22.

[Volver al contenido](#)

© Fundación Studium, 2022

www.opusdei.org